

mortificaban, y á pesar suyo recordaba todos aquellos goces, todos aquellos abandonados deseos. De la fiebre que le afligía hace á Eustoquio la siguiente descripción:

«¡Ah! ¡Cuántas veces en aquella vasta soledad, abrasada por los ardores del sol, me imaginaba asistir á las delicias de Roma. Sentábame entonces lleno de amargura, mis miembros cubiertos con un saco informe y mi piel tostada como la de un Etiope; así pasaba los días llorando y gimiendo; y si me asediaba el sueño á pesar mio, ponía contra la desnuda tierra mis huesos mal unidos entre sí..... Si alguna vez veía un valle profundo, una montaña penosa ó una roca escarpada, este era el lugar de mi oracion, el calabozo de esta miserable carne; y despues de derramar abundantes lágrimas y de tener fija la vista en el cielo, solia verme trasladado, de lo cual el Señor mismo me es testigo, en medio de las legiones de los ángeles, elevando á Dios cánticos alegres y triunfantes.»

Para terminar el juicio que acabamos de hacer de San Gerónimo, vamos á traducir algunos trozos de la *Oracion fúnebre* que compuso en memoria de Nepociano, y que es en realidad uno de sus trabajos mas notables.

«Sabemos de una manera positiva que nuestro querido Nepociano está con Jesucristo, que forma parte del coro de los santos, y que al contemplar de cerca esos bienes que tanto habia deseado, esclama:—Lo que nos ha sido prometido y anunciado lo vemos en la ciudad del Dios de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios. A pesar de esto, ni tú ni yo podemos soportar el disgusto que su ausencia nos causa, no es su suerte, sino la nuestra, la que debemos lamentar. El goza de una dicha de que nosotros nos vemos privados con acerbo dolor. Las hermanas de Lázaro lloraban á un hermano que sabian debía resucitar: el apóstol que decia:—Deseo estar libre

de las ligaduras de mi cuerpo y habitar con Jesucristo; y en otro pasaje añadía:—Jesucristo es mi vida y la muerte es una ventaja: ese mismo apóstol agradece el que le sea devuelto Epafras, arrancado de las puertas del sepulcro, á fin de que no experimentase tristeza sobre tristeza; y al obrar de este modo, es por un sentimiento de caridad, mas bien que por falta de fé... ¡Con cuánta mayor razon tú, tio y obispo, esto es, padre segun la carne y segun el espíritu, debes tener el corazon destrozado con la pérdida de Nepociano, objeto de tus vivísimos cariños? Pero te ruego aciertes á poner límite á tu dolor recordando esta máxima: «Nada es demasia.» Concede, pues, alguna tregua á tus lágrimas, para oír el elogio de aquel cuya virtud formó siempre tus delicias; y en lugar de sentir la pérdida de un hombre de tanto mérito, alégrate y dá gracias por haberlo estimado. Del mismo modo que los geógrafos representan en un pequeño mapa la situacion de diversos paises, voy á trazar en pocas páginas, no una fiel imágen, sino un débil bosquejo de sus virtudes. Mira, pues, en esta obra, no lo que realmente haga, sino lo que desearia hacer.»

Aquí el orador traza el elogio de Nepociano, y pinta sus virtudes del modo mas patético, sabiendo dar atractivo é importancia á los mas insignificantes pormenores; despues prosigue:

«En comparacion de lo que he dicho, positivamente es poco lo que me resta que decir; pero á lo menos procuraré haceros ver su conducta, hasta en las acciones de menos importancia. En efecto, del mismo modo que admiramos al Criador no solamente en el cielo, en la tierra, en el sol, en el Océano, en los elefantes, en los camellos, en los caballos, en los bueyes, en los leopardos, en los osos, en los leones, sino tambien en los animales mas pequeños, en la hormiga, en el mosquito, en las moscas, en los gusanos y en otros insectos de la naturaleza, cuya

figura nos es más conocida que el mecanismo de su naturaleza, del mismo modo que en todas estas cosas veneramos la sabiduría eterna, así un corazón entregado del todo á Jesucristo se aplica igualmente á darle gusto en las grandes y en las más insignificantes acciones, sabiendo que tiene que dar cuenta algún día hasta de sus palabras más ociosas. Nepociano examinaba atentamente si el altar se hallaba adornado, si las paredes estaban sacudidas, si el pavimento limpio, si el vigilante estaba en su puesto, si las cortinas cubrían la entrada de la iglesia, si el santuario estaba aseado y si los vasos sagrados se hallaban brillantes: sus piadosos cuidados se extendían á todas las ceremonias, sin omitir ningún detalle por grande ó pequeño que pareciese. Si se le quería encontrar, era menester buscarlo en la Iglesia.

Nepociano adornaba con flores, hojas y ramas de vid las capillas de las iglesias y los altares de los mártires, hasta el punto que todo lo que agradaba en la Iglesia, ya por su colocación ó su hermosura, era obra de sus cuidados, y daba pruebas de la actividad y del celo del sacerdote.

¡Cobremos ánimos! ¡Qué fin no habrán tenido semejantes principios! ¡Oh miserable condición humana! ¡oh vanidad de la vida que pasamos lejos de Jesucristo! ¡Para qué volver hácia atrás, para qué buscar rodeos? Como si pudiéramos diferir la muerte de Nepociano y prolongar su vida, temíamos siempre llegar á este terrible momento. Toda carne es heno, y toda gloria pasa como la flor de los campos. ¿Dónde está ahora aquel semblante tan hermoso, dónde la magestad de todo aquel cuerpo con que su bella alma parecía hallarse revestida? Aquel lirio ¡oh dolor! se puso lánguido con el soplo de un viento abrasador, y aquella purpurada violeta palideció poco á poco. Nepociano, abrasado con los ardores de la fiebre, consumido, falto de fuerzas para respirar, consolaba todavía á su tío, abatido por la tristeza. El júbilo brillaba en su semblante, y mientras que todos lloraban á su alrededor, él solo

estaba risueño. Veíasele levantar las mantas de su lecho y dar la mano á los que estaban en la estancia, advertir lo que á los demás se les olvidaba, incorporarse para saludar á los que entraban y anticiparse á cuantos tenía delante de sí: parecía, no que iba á morir, sino que iba á pasar á otra morada; no que abandonaba sus amigos, sino que iba á buscar otros nuevos... Las lágrimas corren por mis mejillas, y á pesar de todos mis esfuerzos, no puedo disimular el dolor que experimento. ¿Quién creería que en tales momentos se acordase de nuestra amistad, y que en medio de su agonía fuese sensible al atractivo de nuestros estudios?... Cogiendo la mano de su tío, le dice:—Esa túnica que yo me ponía para el servicio de Jesucristo, envíala á mi queridísimo Gerónimo, que es mi padre por su edad y mi hermano por un mismo ministerio... Todo el afecto que profesas á tu sobrino, añadió, trasládalo á él, á quien yo amo como á mí mismo. Al concluir estas palabras espiró, reteniendo la mano de su tío como para confirmarle que se acordaba de mí.»

Las desgracias del imperio inspiran á San Gerónimo una bellísima descripción histórica.

«Mas, ¿qué hago, y por qué procuro aliviar un dolor que, según me parece, el tiempo y la razón han debido curar? ¿No sería mejor manifestarte las recientes miserias de los reyes y las calamidades de nuestra época, para hacerte comprender que, en lugar de compadecer á Nepociano porque no vive, debes felicitarte por verle libre de tantos males? Constancio, promovedor de la herejía arriana, murió en la pequeña población de Mopsus, cuando hacía los mayores preparativos contra los Persas y se disponía á darles una batalla; entonces tuvo el sentimiento de dejar el imperio á su enemigo Juliano, torcedor de su alma, verdugo del ejército cristiano, que á su vez sintió en la Media el poder de Jesucristo, de quien primeramente había renegado, y mientras quería ensanchar los

limites del imperio, perdió las conquistas de sus predecesores. Joviano, habiendo apenas gustado las dulzuras de la soberanía, murió sofocado por un vapor pestilencial, mostrando así á todos lo que es el poder humano. Valentiniano, despues de haber visto asolado su suelo natal, murió de un vómito de sangre, antes de haber podido vengar á los enemigos de su pátria. Su hermano Valente, vencido por los Godos en la Tracia, halló en un mismo paraje la muerte y el sepulcro. Graciano, entregado por su ejército, abandonado por las ciudades que se hallaban á su paso, sirvió de juguete á su enemigo, y tus murallas, ¡oh ciudad de Lyon! tienen la marca de la sangrienta mano que lo asesinó. Valentiniano, todavía niño, despues de haberse visto obligado á ocultarse en el destierro, recobró su imperio por medio de terribles batallas, y fué muerto no lejos de la ciudad que vió perecer á su hermano, y su inanimado cuerpo, para colmo de ignominia, fué colgado de un árbol. ¿Qué diré acerca de Procopio, de Máximo y de Eugenio, quienes durante su reinado eran el terror de las naciones? Todos se han visto cargados con cadenas ante sus vencedores, y por una desgracia imponderable, personas elevadas en otro tiempo en la cumbre del poder, han experimentado, antes de sucumbir bajo la espada de sus enemigos, cuanto la servidumbre tiene de mas ignominioso.

Pero me direis: Esa es la condicion de las cosas; el rayo hiere siempre las cumbres mas elevadas.

No puedo sin horrorizarme hablar de las calamidades todas de nuestro siglo. Hace mas de veinte años que entre Constantinopla y los Alpes, corre á torrentes la sangre romana. La Escitia, la Tracia, la Macedonia, la Dardania, la Dacia, la Tesalónica, la Acaya, el Epiro, la Dalmacia y ambas Pannonias son presa del Godo, del Salmata, del Alano, de los Hunos, de los Vándalos y de los Marcomanos, quienes asolan, destrazan y saquean estos paisés. ¡Cuántas matronas, cuántas virge-

nes consagradas á Dios, cuántas personas distinguidas por su mérito y por su nacimiento, han sido el juguete de estos monstruos! Los obispos se han visto cargados con cadenas, y asesinados los sacerdotes, igualmente que los clérigos de todas órdenes. Las iglesias se ven destruidas; los caballos tienen sus pesebres en los altares de Jesucristo; las reliquias de los mártires han sido arrancadas de sus sepulcros. Por todas partes se oye llanto y gemidos, en todas partes se presenta la horrorosa imágen de la desolacion y la muerte. El mundo romano se desploma, y mientras tanto nuestras orgullosas cabezas no saben todavía doblegarse. ¿Qué valor piensas tú que les queda en el día á los Corintios, á los Atenenses, á los Lacedemonios, á los Arcadios y á todos los pueblos de la Grecia que se hallan en poder de los bárbaros? Y aun no he citado sino un corto número de ciudades que eran en otro tiempo muy importantes. El Oriente se vió libre de tantos males por algun tiempo, solo los sentia por la consternacion que le causaban fatales rumores; pero el último año, unos lobos, no de la Arabia, sino del Septentrion, desatados contra nosotros desde las estremidades del Cáucaso, han recorrido en poco tiempo tan vastas provincias. ¡Cuántos monasterios han asolado! ¡cuántos ríos han enrojecido sus aguas con sangre humana! Antioque fué sitiada, igualmente que las demás ciudades que bañan el Halis, el Cydnus, el Oronte y el Eufrates. Gran número de cautivos han sido estraídos: la Arabia, la Fenicia, la Palestina y el Egipto se han sometido por miedo.

Nó, aun cuando tuviera yo cien lenguas, nunca me seria dado contar todas estas desgracias, referir todos estos estragos (1).»

Despues de aquel lúgubre inventario de las calamidades que afligian al siglo IV, esclama San Gerónimo:

(1) Virg. Eneida, VII, 627.

«¡Feliz Nepociano, que no vé tales cosas! ¡feliz él que no las oye! ¡Desgraciados nosotros que padecemos tales males y los vemos padecer á nuestros hermanos! Y sin embargo, queremos vivir, y nos parece mas digna de compasion que de envidia la suerte de los que se libran de tantas miserias. Hace mucho tiempo tenemos á Dios ofendido y no lo aplacamos. A causa de nuestros pecados, los bárbaros son fuertes. Por nuestros vicios ha sido diezmado el ejército romano; y como si tantos desastres no fueran bastantes, las guerras civiles han destruido mayor número de ciudadanos que la espada del enemigo...»

Al finalizar esta oracion fúnebre de tan viva y tan patética elocuencia, advierte San Gerónimo, que deseando impedir que Heliodoro llorara demasiado la muerte de su sobrino, ha llorado él mismo los funerales del mundo entero, y á fin de engrandecer todavía mas tan lúgubre y vasto espectáculo, recuerda á Jerges en el momento de contemplar desde un lugar elevado el formidable ejército que traía en pos de sí, y añade poco despues:

«¡Ah! si pudiéramos subir á una altura tal que viésemos bajo nuestros piés toda la tierra, yo te mostraria las ruinas del mundo entero, las naciones chocándose unas con otras y los reinos contra los reinos; aquí tormentos, allí matanzas, acá hombres anegados en las olas, allá gente arrastrada por la esclavitud; en esta parte bodas, en aquella lamentaciones; aquí nacimientos, allí defunciones: en este lado hombres nadando en las riquezas, en aquel otro mendigos; y en fin, no solo el ejército de Jerges, sino á todos los hombres actualmente vivos y que están destinados á perecer en poquisimo tiempo.»

Concluye con las siguientes reflexiones llenas de grave tristeza:

«Volvamos, pues, á nosotros mismos, y bajando en cierto modo del cielo, pensemos en nuestros propios negocios. ¿Sabes tú, te pregunto, cómo has sido niño, cómo adolescente, cómo jóven, cómo de edad robusta, cómo te has hecho viejo? Cada dia morimos, cada dia nos trocamos, y á pesar de esto nos creemos inmortales. El instante mismo en que dicto, en que escribo, en que vuelvo á leer ó en que corrijo, se toma en cuenta en mi vida. Tantos puntos como hacen los copistas de mis obras, son otras tantas brechas para mi vida. Nos escribimos y nos volvemos á escribir, nuestras cartas pasan los mares, y en proporcion que la quilla abre el surco, cada ola disminuye los momentos de nuestra vida. La única ventaja que tenemos, es la de estar unidos entre nosotros por amor de Jesucristo.... La caridad, pues, vive siempre en el corazon; por esto es por lo que nuestro querido Nepociano, aunque está ausente, está presente, y no obstante el vasto espacio que de él nos separa, nos abraza con ambas manos. Tenemos una prenda de nuestra mútua amistad. Estemos unidos en espíritu, estrechémonos con afecto; y la fuerza de alma que el bienaventurado obispo Cromacio mostró por la pérdida de un hermano (Eusebio), imitémosla por la de un hijo. Célebrenlo nuestras palabras, y todas nuestras cartas hablen de él. Al que no podemos tener delante de nosotros, tengámosle en la memoria; ya que no podemos hablarle, hablemos de él á cada momento.»

En este discurso, como en todos sus escritos, el solitario de Beña revela la exaltacion moral de que se halla poseido; ataca las instituciones, no en la forma, sino en el fondo; mueve las piedras del edificio social; penetra con mirada escudriñadora en todas partes; abarca de un modo nuevo acontecimientos

diversos, y al enlazarlos los hace servir admirablemente para el fin que se propone. La sociedad en esta época debía sufrir una completa trasformacion: Attila destruye con su espada los monumentos del paganismo, y San Gerónimo echa los cimientos del espiritualismo cristiano que debía servir de principal elemento para la futura civilizacion de los pueblos de Europa. La igualdad del esclavo y del señor, la fraternidad universal de los hombres y la emancipacion social de la mujer, se traslucen claramente en los escritos de este insigne Padre de la Iglesia latina. «Entre los cristianos, dice en una de sus cartas (1), el acto ilícito lo es *igualmente* para el hombre que para la mujer; de un lado y de otro los mismos derechos, las mismas obligaciones.... Las leyes del César no son lo mismo que las de Cristo: San Pablo predica una doctrina, y Papiniano otra. Todo lo que el Código cristiano ordena á la mujer, lo ordena del mismo modo al hombre: el paganismo establece una diferencia entre el crimen viril y el femenino, y esto es injusto é inmoral.»

Estas palabras, escritas en el siglo IV, á la faz del mundo pagano, revelan el temple de alma de aquel que tuvo valor para pronunciarlas. En nuestros dias, los que se dicen partidarios de la emancipacion de la mujer, los que piden mayores privilegios para esa mitad del género humano, olvidan que la conquista está ya hecha, que la doctrina cristiana ha señalado á la madre un sitio elevado en el hogar doméstico, y un puesto de honor, de respeto y santa libertad en el mundo para hacer el bien y enjugar las lágrimas del que sufre. Las mujeres que Juvenal, Tácito y Marcial nos presentan tan depravadas en tiempo de la decadencia romana, eran libres bajo el punto de vista que hoy

(1) La 84.

pretenden algunos lo sean sus madres, sus hermanas, sus esposas y sus hijas.... Piden privilegios odiosos cuando tienen derechos augustos; quieren nivelaciones monstruosas cuando la igualdad en el deber es manantial fecundo de una felicidad duradera.

La elocuencia de San Gerónimo es superior á la tan celebrada del retórico Salviano y el espiritual Sidonio: las descripciones no son para el atleta cristiano juegos de palabras ni recursos artísticos; mezcla en ellas su alma entera, y las reviste de un carácter sombrío y un poder irresistible. Los trozos que hemos traducido con el mayor cuidado, quisiéramos se meditasen en las aulas con gran detencion, y ellos ponen de manifiesto hasta qué punto son exactas nuestras observaciones.... «En la ciudad, hambre, dice uno de sus escritos; fuera de la ciudad, el cuchillo. Hemos llorado tanto tiempo, que las lágrimas se han agotado en nuestros ojos. Roma ha combatido dentro de sus murallas, no por la gloria ni la libertad, sino por prolongar su vida.... ¡Combatido! digo mal: Roma ha vendido sus muebles y dado su oro para vivir.... ¡Ay de mí! ¡lloro los funerales del mundo! ¡el mundo romano se desploma! *Totius orbis mortuus plango, romanus orbis ruit....*» La antigüedad no tiene nada parecido á este trozo admirable de San Gerónimo.

Al penetrar en la celda del vigoroso anciano, dice Philarète Charles, desde luego se advierte la trasformacion del mundo. Entonces se escribe la nueva disciplina: algunos hombres, los ojos fijos en el Evangelio, la formulan sobre el modelo, unos como Cipriano en legisladores y hombres políticos, ó como Agustín en metafísicos sutiles, y otros como Gerónimo en profetas, que lanzan el anatema con el precepto é imponen al mundo una marcha determinada. San Gerónimo, el mas entusiasta